

un nombre que justificaba esta pretension y hacia del que lo llevaba el director y representante de todo el Occidente cristiano (1). Esto no obstante, el imperio de Carlomagno carecía de aquella unidad interior á la cual el imperio romano debió principalmente su importancia práctica. La unidad estaba mas en el pensamiento que en la realidad, mas en la teoría que en la práctica de la vida política; no se derivaba sino de un derecho divino hasta entonces desconocido, que Carlos al coronarse emperador atribuyó á su soberanía y que daba á esta un carácter puramente teocrático, al proclamar ante todo la sumision religiosa de los distintos pueblos sujetos á su dominación. La unidad política fué substituida por la religiosa, y todos aquellos pueblos y tribus, tan diferentes en lengua y en costumbres, en usos jurídicos y en situacion de derecho respecto del jefe del imperio, se unieron en la comunidad de las verdaderas creencias y del culto á un solo Dios. Por esto la Iglesia tuvo una gran autoridad y ejerció una eficaz influencia en el desenvolvimiento político. La renovacion del imperio romano solo aprovechó inmediatamente á la Iglesia, porque mas bien se consignaron los deberes que los derechos que al nuevo emperador correspondian. Así como hasta entonces Francia habia hecho, por derecho y en provecho propios, la guerra á los mahometanos y paganos, desde aquel momento debia hacerla como defensora del cristianismo instituida y consagrada por la Iglesia. El fin práctico-nacional que desde muchas generaciones se venia persiguiendo, la Iglesia lo reconoció como prescrito por ella, envolviéndolo en la aureola de una lucha santa por la fe. La coronacion de Carlos como emperador no habia hecho mas que reconocer solemnemente un hecho consumado al confirmar la relacion, histórica ya, entre el romanismo y el germanismo, reconociéndola de derecho por medio de un acto de consagracion eclesiástica. En efecto, mientras el papa Leon III coronaba emperador á Carlos, el vencido romanismo rendia homenaje al germanismo vencedor y reconocia su supremacia política, pero al propio tiempo se colocaba por encima de él en punto á la cultura general espiritual y moral. De esta suerte, el solemne acto celebrado en la Nochebuena del año 799 puso el sello al desarrollo que hacia siglos se venia realizando y lo compendió como en una fórmula, iniciando al propio tiempo una larga série de importantes modificaciones que motivaron la rápida disolucion del imperio recientemente constituido y prepararon el suelo para la reconstitucion política y religiosa del Occidente.

Por muy pujante que pudiera aparecer á los ojos de los admirados contemporáneos, el imperio de Carlomagno llevaba en sí mismo el germen de la disolucion; porque la unidad religiosa no bastaba para suplir la falta de unidad política. Al ensalzar aquella comunidad de creencias y al darse, por lo mismo, al imperio un carácter religioso, se confesaba que el Estado no podia llevar á cabo lo que estaba llamado á ejecutar por sí mismo, ni vivir una vida independiente de la Iglesia, á la cual pretendia dominar y cuyos recursos pensaba utilizar: en esto se veia la debilidad del imperio carlovingio. Además, en este como en los demás países de la Edad media, la idea que servia de fundamento al Estado era puramente personal. Los francos, los longobardos, los borgoñones, los turingios y los sajones no estaban en relaciones normales de derecho con el imperio franco considerado como tal, es decir, como un lazo de union independiente de los cambios de soberano, sino que mas bien mantenian relaciones personales con el emperador Carlos, instituido por Dios y coronado por el obispo de Roma. El sistema patriarcal, segun el cual Carlos administraba su

(1) Véase Waitz: *Historia constitucional alemana*, IV, pág. 535.

imperio, daba aun mas á su soberanía este carácter personal. De aquí que los funcionarios de Carlos ejerciesen sus atribuciones, no como depositarios de la autoridad del Estado sino como hombres que gozaban de la confianza personal del emperador; de modo que al obedecerles el pueblo se sometia propiamente al querido y respetado soberano. La influencia personal de este fué, sin embargo, cesando con el tiempo, y muchos y extensos territorios acabaron por perder la costumbre de respetarle. Sus habitantes llegaron con el tiempo á creer que los funcionarios que se les imponian ejercian una autoridad independiente y personal; que no procedian en virtud de poderes y de la representacion del emperador, sino que por derecho propio formulaban sentencias, percibian impuestos, reclutaban tropas, confirmaban en la posesion de tierras, etc. Si á esto se agregaba la propiedad de grandes territorios, ó que el funcionario tuviera muchos bienes confiados á su administracion, se advertirá cómo fué desarrollándose el germen de un poder territorial independiente que hacia olvidar intencionadamente la dependencia del lejano centro del imperio; y que, cuando las circunstancias fueron favorables, acabó por romper los lazos que le unian con el Estado. Carlomagno, comprendiendo perfectamente este peligro, abatió en cuanto le fué posible estos poderes territoriales, y aun en algunos territorios hubo de poner el poder público en una sola mano, para asegurar la defensa contra los ataques del enemigo que se acercaba: por esta razon, dió amplias atribuciones militares á los marqueses, ó jefes de las fronteras, permitiendo además que asomara en algunos puntos el germen del poder ducal. Por último, la cohesion del imperio quedó rota por otro concepto. A consecuencia de la rápida propagacion del feudalismo, el número siempre creciente de hombres libres que aceptaron este sistema fué causa de que los funcionarios imperiales fueran substituidos por aquellas personas de las cuales los hombres libres tomaban tierras en feudo y á quienes prestaban pleito homenaje. Así respecto de estos, pasó á tales personas el ejercicio del poder público que en su origen correspondia al Estado.

Si el imperio de Carlomagno hubiese estado imbuido del espíritu de nacionalidad, la preponderancia del Estado hubiera contrabalaceado y quizás anulado poco á poco aquellas fuerzas destructoras; pero la verdad era que entre el Norte y el Este alemán y el Sur y Oeste romano no habia, fuera del soberano, nada de comun, antes por el contrario, sus intereses y sus esfuerzos presentaban muy opuestas tendencias. Cada uno de los distintos grupos de la poblacion ofrecia en sí mismo gran variedad. Los romanos, los longobardos y los visigodos, por un lado; y por otro no solo los dominadores francos, sino tambien los alemanes, los sajones, los bávaros y los turingios, todos vivian segun su derecho especial. Además de esto, cada tribu tenia alguna particularidad que queria ver reconocida, y que para ello chocaba contra las pretensiones del imperio considerado en conjunto. Las tendencias á cierta independencia, el deseo de conquistar una existencia política especial que en ellas se manifestaban, se aumentaban á medida que el Estado se reconocia impotente para crear una comunidad de vida política. Así se fueron aproximando cada vez mas entre sí aquellas partes que por sus costumbres, idioma y derecho tenian mayor grado de afinidad y podian oponer al conjunto mayor comunidad de intereses. De esta suerte fueron disgregándose del decadente imperio carlovingio una série de pueblos nuevos que poco á poco se acostumbraron á la independencia política, hasta llegar á constituir Estados nacionales que se crearon derechos propios y supieron conservarlos en las luchas que hubieron de sostener por su existencia.

Esta evolucion, si no motivada, fué á lo menos precipitada por la persona y el sistema de gobierno del hombre que ocupó la vacante que al morir dejó en el trono el gran emperador; pues así como este supo hacer valer de un modo completamente nuevo los lazos de union que se derivaban de la comunidad religiosa, y procuró robustecer la influencia de la Iglesia, que favorecia la unidad del Estado, su sucesor se mostró hostil á los justificados intereses particulares de las tribus y originó una série de luchas intestinas que acabaron por desmembrar el imperio en una multitud de Estados particulares unidos por lazos muy poco estrechos.

La division del imperio que Carlomagno, en 6 de febrero de 806, habia ordenado que se hiciera entre los tres hijos que tenia de la reina Hildegarda, cayó por su base con la muerte de los dos mayores, de suerte que todo el imperio fué á parar en manos del único superviviente, el jóven Luis, que en nada se parecia á su padre, con el cual habia estado siempre en relaciones muy frias, tratándose poco menos que como personas extrañas. Las relaciones de los contemporáneos, en las que sobresalen demasiado las adulaciones cortesanias, dicen que Carlos sentia cierta repugnancia á proclamar solemnemente el derecho de sucesion de este hijo. Por último, la decadencia de sus fuerzas obligó al anciano emperador á asegurar el porvenir de su imperio por medio de un orden de sucesion, realizando con esto un acto que, segun parece, habia ido hasta entonces aplazando con toda intencion. Apoyado en la opinion de la Asamblea del imperio, á la cual habia consultado sobre el particular, decidió tomar como co-emperador á Luis, rey de Aquitania, nombrándole sucesor suyo en todos sus dominios.

El día 11 de setiembre de 813 verificóse la solemne ceremonia en la iglesia de Santa María de Aquisgran, en presencia de los magnates laicos y eclesiásticos y de una multitud piadosa que habia invadido el templo y asistia con recogimiento á aquel acto. Con sus vestiduras imperiales y la corona en la cabeza presentóse Carlos á la vista de todos, y acompañado de Luis, junto al altar mayor, donde se veia una segunda corona adornada de piedras preciosas. Despues de haber los dos orado de rodillas, dirigió Carlos á su hijo una plática conmovedora: excitóle á que temiera y amara á Dios, observara todos sus mandamientos; protegiera y defendiera á la Iglesia; se mostrara en todo tiempo benigno y bondadoso con sus hermanos y parientes; honrara á los sacerdotes como á padres; amara á sus súbditos como á hijos; obligara á los malos á entrar en el camino del bien, fuera el consuelo de los conventos y el padre de los pobres, se sirviera únicamente de servidores leales y temerosos de Dios, que odiaran toda injusticia, no desposeyera á nadie de su empleo sin justa causa y se mostrara siempre inmaculado ante Dios y ante los hombres (1). Luis juró vivir y gobernar conforme á estos preceptos, y luego, á instancias del mismo Carlos, tomó con sus propias manos la corona que estaba en el altar y se la puso en la cabeza. Una aclamacion de júbilo saludó al nuevo emperador. Apoyado en su brazo, Carlos regresó, despues de la misa, á su palacio, donde un magnífico banquete puso fin á la fiesta.

Si se compara este discurso de Carlos con los primeros actos de gobierno de su sucesor, se ve que en aquella arena habia algo mas que consejos generales de los que se suelen dar en casos análogos: parece como si el emperador hubiese querido expresar, en formas suaves, pero previsoras, los temores que, en vista del carácter y de la conducta que hasta entonces habia observado Luis, abrigaba para lo porvenir. Por otro lado, no faltaban en la corte personas que no esta-

(1) Thegan: *Vita Ludovici*, c. 20.

ban conformes con el sistema de gobierno del emperador Carlos y esperaban que con el cambio ocurrido en el trono variara el estado de las cosas. Lamentábanse algunos de que á fines del gobierno de Carlos se hubiesen cometido impunemente muchas injusticias, se hubiera perjudicado á muchos en sus bienes ó en su libertad, añadiéndose que muchos funcionarios injustos, condes y gobernadores, habian procedido así intencionadamente. Tampoco faltaba aquella apasionada enemistad que suele nacer, en un largo reinado de un príncipe de relevantes condiciones pero quebrantado por los años, entre este y su sucesor, ansioso de posesionarse del poder; entre la antigua corte que se aferra á una soberanía existente despues de tanto tiempo y la corte jóven que



Sello real de Ludovico Pio. — Tamaño reducido

con intranquila actividad se prepara para comenzar su tan codiciada dominacion.

Dado este estado de cosas, el próximo cambio de gobierno debia ser para el imperio carlovingio el comienzo de una crisis laboriosa llena de peligros.

## CAPITULO II

LUDOVICO PIO (814-830)

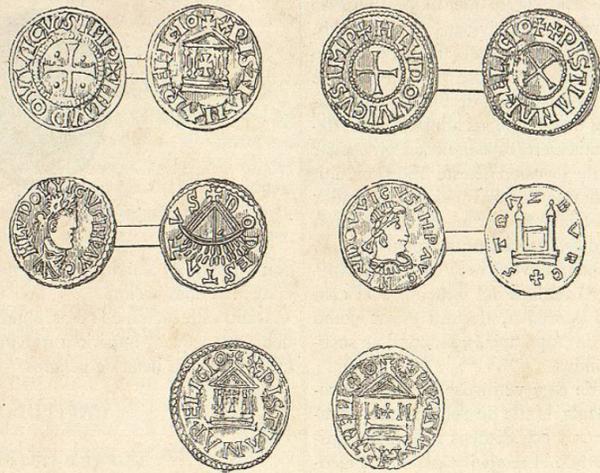
Despues de haberse despedido cariñosamente de su padre regresó Luis á su reino de Aquitania. A fines de enero de 814 se pusieron ya en camino los mensajeros que le notificaron la muerte del gran emperador, acaecida el día 28 del citado mes, y le invitaron á que ocupara su puesto al frente del imperio. Inmediatamente salió Luis de Douai, donde residia (2), haciéndose acompañar de alguna gente armada porque temia que ciertas personas, muy influyentes en tiempo de su padre y poco afectas á él, intentaran impedir que se posesionara de la herencia. Pero no sucedió nada de esto: en todas partes los magnates se apresuraron á rendirle solícito homenaje y á protestar de su lealtad y de su adhesion. Pasando por Orleans, Paris y Heristal, cuna de su familia, aproximóse al palacio imperial de Aquisgran, donde su llegada fué vista con cierto temor, porque se sabia cuán distinto del de su padre era su modo de pensar. Pronto se presentó el conde Wala, hijo de Bernardo, el hermano del rey Pepino, que habia gozado últimamente de cierta influencia en tiempo de Carlomagno y que esperaba conservarla cerca de su sucesor manifestando un celo estudiado. La idea que guiaba al conde Wala era hacer en el palacio imperial los necesarios preparativos para recibir á Luis. Las personas antipáticas al emperador fueron alejadas, otras fueron debidamente custodiadas, siendo especialmente expulsadas aquellas que se habian establecido cerca del anciano Carlos y que como testigos de la moral elástica de la antigua corte y de las galantes aventuras de la hija del emperador, que se habia mantenido soltera, podian ofender la severidad de principios del nuevo

(2) Véase B. Simson: *Anuario del imperio franco durante Ludovico Pio*, dos tomos, Leipzig, 1874-1876.

soberano y perjudicar la buena fama de su corte. Todo el mundo obedeció y no se repitió el ejemplo de Halduno, pariente de la familia imperial, el cual quiso oponer resistencia armada y pagó su audacia con la vida.

A los tres días de haber muerto su padre, entró Luis en Aquisgran, siendo recibido con grandes muestras de respeto por la familia imperial, por la corte y por el pueblo. Siguiendo exactamente las instrucciones testamentarias de Carlos, distribuyó el rico tesoro de este entre los miembros de su familia, de la Iglesia y de la servidumbre. A esto siguió la disolución de la que había sido corte de su padre. Las hermanas legítimas de Luis ingresaron en el convento que se les señaló, y en cuanto á las hijas naturales de Carlos, ya

se comprenderá que se les obligó á salir de la corte. Luis no toleró en su palacio mas mujeres que las que eran indispensables para los servicios caseros. ¡Cuán cambiada se vió en poco tiempo aquella corte, antes tan brillante y animada, y hasta tan relajada bajo el punto de vista de la moralidad! En vez de la vida alegre y á menudo frívola de otro tiempo, reinaban á la sazón en el palacio de Aquisgran el silencio y la austeridad del convento. En estas exterioridades se descubre en seguida el profundo cambio que ocurrió en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Apenas se vió Luis en posesión del trono, dió á comprender sin consideración alguna la contradicción en que durante tanto tiempo se había encontrado respecto del modo de gobernar de su padre. Las



Monedas del emperador Ludovico Pio.

1. Anverso, leyenda: † HLVDOVICVS IMP. En el centro hay una cruz y en cada ángulo de esta una bolita. Reverso, leyenda: † PISTIANA RELIGIO. En el centro figura una iglesia.—2. Otra moneda con las mismas leyendas respectivas, y en el centro del anverso y del reverso una cruz sin bolitas.—3. Anverso, leyenda: HLVDOVICVS IHPAVG (abreviación de *Imperator Augustus*). En el centro se ve un busto con corona de laurel. Reverso: † DORESTATVS (nombre de la ciudad donde fué acuñada, en alemán Dürstadt). En el centro hay una nave con remos.—4. Anverso, leyenda y busto como en la moneda número 3. Reverso, leyenda: † STRAZBVRG; en el centro figura una iglesia.—5. Tanto en el anverso como en el reverso hay esta leyenda: † PISTIANA RELIGIO, y en el centro una iglesia, solo que la S está al revés en el reverso, y las iglesias no son del todo iguales.

primeras víctimas de aquel cambio fueron el servicial conde Wala y su hermano Adalardo, que tan importante papel habían representado en tiempo de Carlos, circunstancia que fué precisamente la que mas influyó contra ellos. Wala tuvo que retirarse al convento de Corbie, en el Somme, que hasta entonces había dirigido su hermano, y Adalardo fué desterrado á una isla situada en la desembocadura del Loira: todos los bienes de su familia fueron confiscados.

A pesar de todo, los primeros actos de gobierno de Luis causaron, al parecer, excelente impresión é hicieron esperar que pronto desaparecerían ciertos abusos. Delegados especiales del rey revisaron la administración en los distintos puntos del reino. Esta revisión costó á algunos funcionarios sus empleos, enmendó muchas injusticias que habían quedado impunes y fué especialmente beneficiosa para las iglesias y conventos, pues se les garantizó su posesión por nuevas cartas confirmatorias, y se aseguró á sus adeptos y súbditos el pleno goce de todas las ventajas resultantes de la inmunidad. Sin embargo, en lo esencial ninguna variación se introdujo en las formas del gobierno. Luis, imitando lo que había hecho su padre, confió á sus hijos la dirección de algunos territo-

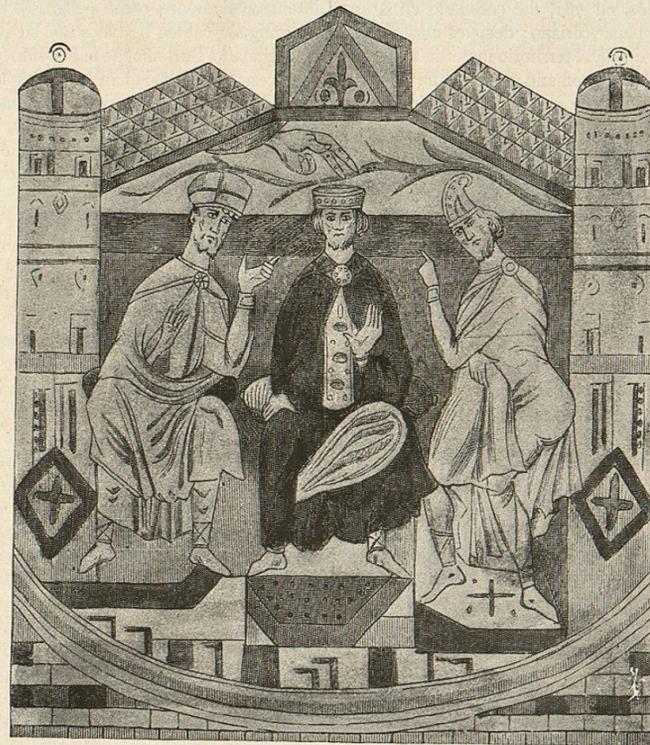
rios del imperio. El primogénito Lotario,—á quien tuvo de Ermengarda, hija de Ingram, el conde de Haspengau (en Luttich),—fué enviado á Baviera; y el segundo, Pepino, recibió la Gascuña y la Aquitania, que hasta entonces había gobernado el mismo Luis. Este puso al frente de Italia á Bernardo, sobrino de su hermano Pepino, después de haberle hecho prestar, en Aquisgran, el juramento de fidelidad. Bernardo, á pesar de que había gozado del título real antes que su joven primo, no fué mas que un simple gobernador que en todas las cuestiones importantes dependía de la voluntad del emperador. Mantener á Italia en una situación excepcional, tal como había existido en tiempo de Carlomagno, era entonces tanto mas absurdo cuanto que á consecuencia de la amistosa inteligencia establecida entre Carlos y la corte de Constantinopla, había tocado á su término el enojoso estado de guerra que allí había sostenido durante mucho tiempo la energía y el genio emprendedor del rey Pepino.

Pero á pesar de que las formas siguieron siendo las antiguas, el espíritu del gobierno cambió en poco tiempo por completo, pues, según parece, pronto se manifestaron sin consideración alguna las verdaderas opiniones del emperador

y de sus consejeros íntimos, que en un principio habían sido expuestas con prudente reserva. Desde entonces, á la benévola confianza con que Luis había sido acogido sucedió un sentimiento de decepción que fué en aumento á medida que el carácter de Luis fué revelándose mas francamente y que comenzó la tarea de transformar el imperio en conformidad con sus ideas é inclinaciones particulares.

Luis se encontraba entonces en la plenitud de sus fuerzas; la sueva Hildegarda le había dado á luz en 778, en Chasse-neuil (Poitou), mientras Carlos combatía en España contra los árabes. Instruido desde edad temprana en todos los ejer-

cicios corporales, según costumbre de los francos, era excelente jinete, maestro en el manejo del arco y de la lanza, y cazador apasionado. De mediana estatura, tenía ancho pecho, robustos hombros y forzudos brazos: sus manos y sus pies eran largos y delgados, sus ojos grandes y brillantes, su nariz larga y recta y su voz tenía un acento verdaderamente varonil. Cuando niño, vistió el traje vasco usado en Aquitania, con mangas y calzas anchas, botines con espuelas y capa redonda. Posteriormente usó el sencillo traje franco, y solo en los días de fiesta se ponía la preciosa túnica imperial. Esto no obstante, su actitud tenía siempre algo que denotaba



Retrato de Ludovico Pio

(tomado de un manuscrito adornado con miniaturas que se conserva en la Biblioteca nacional de París)

dignidad é inspiraba respeto; casi siempre en su rostro se dibujaba la gravedad; y el buen humor de los que le rodeaban apenas podía arrancarle una sonrisa. Esto era efecto menos de la idea de su dignidad de soberano que de la simpatía con que miraba la adusta seriedad monacal, y la vida externa de los conventos. La Iglesia y sus preceptos constituían el centro y la norma de su existencia. Cada mañana, muy temprano, se entregaba á la oración, y oraba durante largo rato con la frente inclinada casi hasta el suelo y muchas veces con los ojos arrasados en lágrimas. No comía nunca hasta después de haber distribuido comida entre los pobres: estos y los enfermos eran siempre acogidos en sus palacios y quintas de recreo. Comenzaba la celebración de las grandes solemnidades con fervorosas oraciones, y durante los días festivos se entregaba exclusivamente á prácticas religiosas. Luis hubiera sido indudablemente un excelente monje, y muchas veces pensó en irse á encerrar en las soledades de un convento. Para él el interés supremo era ocuparse en

cuestiones eclesiásticas y en cosas teológicas, y pudiera haber superado á muchos sacerdotes en punto á conocimiento de la Biblia y á la seguridad en explicarla. Sabía el griego, y el latín, como idioma oficial de su tiempo, le era naturalmente familiar. Esta religiosidad de Luis era causa de cierta limitación de espíritu, de debilidad interna y de falta de iniciativa. A pesar de sus excelentes cualidades no tenía la energía, la decisión, la independencia varonil que tanto había distinguido á su padre: en vez de esta superabundancia de fuerzas, distinguióse Luis, aun en su parte buena, por cierta debilidad. A pesar de que en su juventud no fué un modelo de virtudes, pues también tuvo hijos naturales, observó en las relaciones de familia cierta decencia completamente extraña á la rudeza natural de su padre; desconocía por completo la cólera, manifestada brutalmente y sin freno alguno, que había arrastrado á Carlomagno á cometer algunas crueldades; pero cuando temía ó comprendía que su soberanía estaba amenazada, no retrocedía, á pesar de su piedad, ante ningún acto